

CUENCA 85 O EL DESPERTAR CULTURAL DE CASTILLA-LA MANCHA



Con la entrega del premio de novela «Asimov» a Raúl Torres, el domingo 27 de octubre se clausuró en Cuenca la Muestra del Turismo, el Arte y la Cultura en Castilla-La Mancha, primera manifestación de este género y magnitud que se celebra en nuestra Comunidad Autónoma.

Con la perspectiva que dan los días transcurridos, es este un buen momento para hacer balance, pero no un simple análisis de resultados palpables, que compaginarían mal con el espíritu supraprovincial y supracomunitario que animó en todo momento a los impulsores de esta iniciativa.

En primer lugar hay que tener bien presente que Castilla-La Mancha es una gran desconocida para amplias capas de la propia sociedad manchega. Y en segundo, que nuestra Comunidad, molinos y Quijote al margen, sólo ha servido secularmente como lugar de paso para viajeros que recorrieron la Península de norte a sur y de este a oeste. Y son éstas dos realidades las que ha pretendido modificar la Muestra.

¿Cómo? Dando a conocer a propios y extraños los muchos atractivos que Castilla-La Mancha esconde en su seno. Existe un pasado esplendoroso que debemos descubrir, y no

sólo en los libros de texto. Pero, además, Castilla-La Mancha está habitada por espíritus jóvenes que conforman una sociedad orientada al futuro. Un futuro que es arte, que es cultura, y que también es turismo. ¿Por qué no aprovechar el rico legado que han dejado nuestros antepasados para proyectar sobre él una sociedad moderna, que se nutra de los fondos del pasado para edificar la riqueza económica y cultural del futuro? ¿Por qué no? Pues démonos a conocer, y nos conocerán.

Sólo desde esta perspectiva se puede hacer el balance de la Muestra. Y en base a ella, se puede decir objetivamente que ha sido un éxito.

Durante siete días Cuenca ha sido el centro de atracción de los cuenquenses. Esta aparente perogrullada no es tal a poco que se analice seriamente, porque suele ocurrir que se mire lo ajeno como lo deseable y lo propio como lo que hay que padecer.

Pero Cuenca ha sido, además, para el resto de los castellano-manchegos una luz indicadora del camino que se puede y debe seguir para acabar con un ostracismo, que a fuerza de años ha llegado a considerarse irreversible. Y no es, desde luego, el conformismo la mejor receta para progresar.

El mayor éxito de la Muestra ha sido, sin embargo, dar a conocer

Cuenca, y por extensión toda Castilla-La Mancha, fuera de sus lindes geográficos. De la misma forma que no basta que la mujer del César sea honrada, así no basta que nuestra comunidad tenga mucho que ofrecer al foráneo. Hay que demostrarlo. Y en este sentido, siete días han servido para mucho más que siete meses de no haberse celebrado la Muestra.

Cuenca consiguió aglutinar pasado y futuro, Renacimiento con microelectrónica, inquisición con ciencia, tradición con aeromodelismo. En una palabra, Cuenca tomó el liderazgo cultural de la Comunidad, pero no para proyectarse ella sola en el resto del país, sino para proyectar a todas las ciudades y pueblos de Castilla-La Mancha.

No es hora de enfrentamientos pueblerinos ni de rabietas de protagonismo. Castilla-La Mancha es una unidad de cuyo futuro dependerá el bienestar de sus cinco provincias, y si queremos ser modernos debemos actuar con una mente moderna. Por eso, el éxito de esta muestra lo es de todos, razón de más para que todos la apoyemos y que el año próximo exista una «Cuenca-86» cualitativa y cuantitativamente mejor que la del 85.

En todo caso, gracias Cuenca por haber dado el primer paso. ■

Jorge LAFUENTE